

# Testimonio

## Entrevista a Alfonso López Quintás

**A**contecimiento se ha dirigido en esta ocasión a Alfonso López Quintás, catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, para conversar acerca del asunto al que dedicamos el presente número de la revista: «Los dogmas laicos de hoy».

**P. ¿Qué debemos entender por «dogma laico»?**

R. La expresión «dogma laico» no me parece muy afortunada, porque carga al término «dogma» (proviniente del ámbito del lenguaje religioso) con más connotaciones negativas de las que ya tiene. Prefiero usar la expresión «término talismán».

**P. ¿Qué es un término talismán?**

R. En cada época suele haber uno o varios términos de uso común que adquieren un prestigio extraordinario y ejercen un especial conjuro sobre las gentes. En ellos parece concentrarse la quintaesencia de la vida espiritual de una época, lo más granado de su cultura, la raíz de todos sus logros. Podemos denominarlos, por ello, «términos talismán». Recordemos la influencia que ejerció el término «orden» en los siglos XVI y XVII; «razón», en el XVIII; «revolución», en el XIX; «libertad» –y sus concomitantes «autonomía», «independencia», «progreso», «democracia», «cogestión»...–, en el XX. Estos términos «talismanes» constituyen la base

del pensar y, consiguientemente, del sentir y del querer. Son considerados como fuente de autenticidad y, derivadamente, como módulo de actitudes y convicciones. Forman un punto de partida inquestionable.

Estos términos parecen estar más allá de toda posible crítica; son intocables. Nadie se atreve a ponerlos en tela de juicio porque son vistos como la raíz misma del prestigio. De ahí que todo vocablo que se empareje de alguna forma con ellos quede prestigiado y todo término que se les oponga se vea automáticamente cubierto de oprobio.

**P. ¿Cómo suele operar el manipulador?**

R. Comienza exaltando de múltiples formas el término talismán por excelencia de esta época: *libertad*. Se cuida bien de no matizarlo y, al amparo de la confusión que engendra esta ambigüedad, da a entender que la *libertad humana* equivale a *libertad para hacer en cada momento lo que uno desea en virtud de criterios puramente interiores, individuales, sin atenerse a criterios propuestos desde fuera*. Esta «libertad de maniobra» –libertad para moverse con absoluta movilidad, sin la menor traba– la empareja el manipulador con la «autonomía» y la «autenticidad». Yo soy autónomo –viene a decir– cuando me rijo por criterios internos que me he dado e impuesto a mí mismo. Si ajusto mi conducta y mi acción a normas,

cauces, criterios externos, me enajeno o alieno; dejo de ser auténtico y pierdo mi identidad personal. Tenemos así formados en la mente los siguientes esquemas mentales:

<i>libertad</i> –	<i>norma, cauce, forma, obediencia</i>
<i>autonomía</i> –	<i>heteronomía</i>
<i>autenticidad</i> –	<i>alienación, enajenación</i>
<i>interior</i> –	<i>exterior, extraño</i>

La *teoría del contraste* –por ejemplo, la de Romano Guardini– nos advierte que los términos que figuran en cada una de las columnas que se forman al disponer los esquemas mentales uno debajo de otro suelen emparejarse como si fueran afines en su significación. Por otra parte, el guión que divide los términos de cada esquema es interpretado por los demagogos injustamente como signo de *oposición*, a pesar de que en muchos casos no significa sino mero *contraste*. Ambos malentendidos provocan que los términos de la columna de la derecha del lector queden abruptamente enfrentados con los de la columna de la izquierda, que viene presidida gloriosamente por el término talismán «libertad».

El término «censura» suele ser utilizado de propósito como opuesto a «libertad» por el mero hecho de que implica el ateniimiento a ciertas normas, límites y criterios propuestos por una entidad distinta de cada uno de los ciudadanos. Con

## Los dogmas laicos de hoy

esta simple y supuesta oposición, el término *censura* es convertido en una especie de vocablo «antitalismán» cuyo uso compromete a todo ciudadano que quiera gozar del favor del público. Una investigadora alemana de Ciencias de la educación afirmó en un programa cultural de la televisión de Colonia que sus estudios la llevaron a la conclusión «de que es necesario elevar el listón de las exigencias respecto al alimento espiritual que se está dando a la juventud; de lo contrario, el futuro se presenta con tintes sombríos». «Pero –concluyó dramáticamente–, ¿quién se atreve hoy a decirlo?». Uno se pregunta cómo es posible que en las cuestiones relativas al desarrollo de la personalidad humana estemos tan dominados por el miedo, mientras los investigadores científicos esperan con ilusión el momento de hacer público el resultado de sus investigaciones. Es, sin duda, el efecto del temor a la fuerza descalificadora que posee el lenguaje cuando se lo usa demagógicamente.

**P. ¿Qué pretende el manipulador con el uso poco o nada matizado del lenguaje?**

R. Si se precisa bien el significado de un término y el sentido que adquiere en un determinado contexto, resulta posible descubrir una relación fecunda entre términos que a una mirada superficial aparecen como insalvablemente opuestos. Entre *libertad* –vista expeditivamente como mera libertad de maniobra– y *censura* –entendida

precipitadamente como mera prohibición de realizar determinados actos– no existe puente alguno. El esquema «libertad-censura» se presenta como un *dilema* que obliga a optar por uno de los términos: o escogemos la libertad o nos inclinamos por la censura. Esta interpretación, aparentemente

inofensiva, resulta nefasta para la vida de personas y sociedades porque, si se entienden como dilemas los esquemas que orientan la actividad intelectual del hombre, *éste queda desconectado de la realidad y cerrado a todo tipo de diálogo y encuentro*. Tal oclusión deja al hombre fuera de juego en cuanto a creatividad y lo sumerge en una situación de asfixia espiritual.

**P. Últimamente se han usado de modo sesgado los términos «progreso» y «cambio». ¿Responde esto a una táctica manipuladora?**

R. Si un político o un intelectual se autidefinen pomposamente como «progresistas», la mayoría de las gentes conceden a este vocablo un sentido positivo. Sin mostrar ninguna excelencia particular y sin haber hecho mérito alguno por su parte, el que se declara «progresista»

cobre realce ante la opinión pública por la mera utilización arbitraria de un término muy cotizado en la bolsa actual de los prestigios populares. ¿Cómo se ha llegado a tal cotización? Sencilla y radicalmente, debido a la proyección ilegítima de unos esquemas mentales sobre otros.

Si decimos que hemos *avanzado* o *progresado* en una tarea, que hemos *cambiado* de situación o nos hemos *mantenido* en la misma, no afirmamos que hayamos ascendido a una posición más ventajosa. En cambio, al indicar que hemos *mejorado* o que nos hemos *estancado* en un punto lejano de la meta ansiada, expresamos



un juicio de valor. Estas indicaciones implican una serie de términos contrastados:

<i>progreso</i> –	<i>regreso</i>
<i>progreso</i> –	<i>detención</i>
<i>cambio</i> –	<i>conservación,</i>
	<i>persistencia</i>
<i>cambio</i> –	<i>retroceso</i>
<i>cambio a mejor</i> –	<i>estancamiento</i>
<i>cambio a mejor</i> –	<i>retorno a posiciones ya superadas</i>

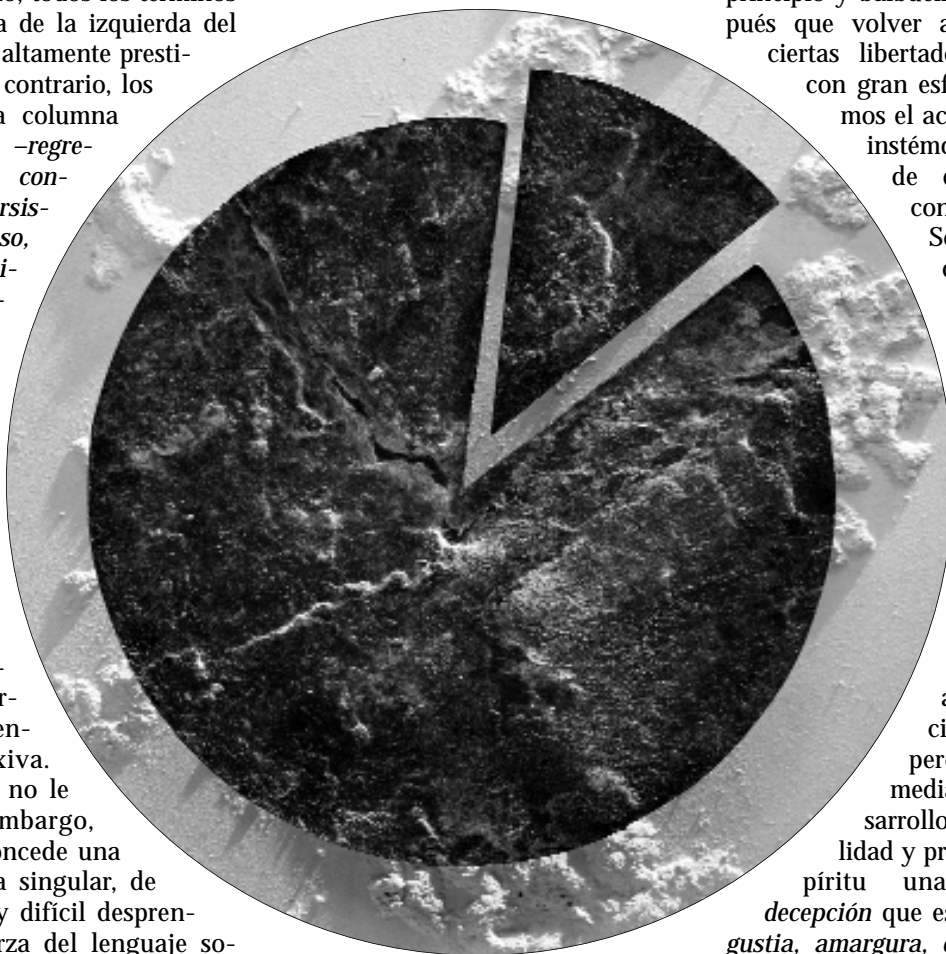
La atracción que produce sobre nuestro ánimo la expresión «cambio a mejor» nos lleva a proyectar la expresión «cambio a mejor» sobre los términos «cambio» y «progreso». Con ello, todos los términos de la columna de la izquierda del lector quedan altamente prestigiados. Por el contrario, los términos de la columna de la derecha –*regreso, detención, conservación, persistencia, retroceso, retorno a posiciones ya superadas*– se contaminan con el desprestigio del término *estancamiento*.

Esta valoración positiva y negativa se realiza de ordinario en forma inconsciente, prerreflexiva. Tal oscuridad no le resta, sin embargo, eficacia; le concede una carga emotiva singular, de la que es muy difícil desprenderse. La fuerza del lenguaje sometido a las artimañas de la manipulación es asombrosa. Un término que va cargado con la emotividad antedicha deja en la mente una huella tan profunda que todo cuanto vemos, oímos y

## Los dogmas laicos de hoy

pensamos posteriormente queda como polarizado en su torno e imantado y orientado por él.

Supongamos que a un político se le califica de «conservador» y se



procura que este vocablo sea entendido como opuesto a «progresista», en el sentido de persona propicia a la realización de un «cambio a mejor». Puede tratarse de un hom-

bre abierto a un auténtico progreso y preparado para lograrlo. A pesar de ello, será difícil que el pueblo llano –poco avezado a las sutilezas del lenguaje demagógico– advierta esta condición de modo suficientemente claro para decantar el voto a su favor. Buen número de votantes estarán dispuestos a conceder que se trata de una persona muy culta, incluso honrada; pero afirmarán enseguida con aplomo que, debido a su carácter *retrógrado*, nos llevaría *hacia atrás* en caso de gobernar y nos haría perder los logros alcanzados... Si les preguntamos qué entienden exactamente por «ir hacia atrás», se quedarán perplejos en principio y balbucirán tal vez después que volver atrás es perder ciertas libertades conseguidas con gran esfuerzo. Prosigamos el acoso dialéctico e instémosles a precisar de qué libertades concretas se trata. Se hará patente que todas ellas se reducen a *mera franquicia para entregarse a diversas formas de vértigo*. Toda experiencia de vértigo *exalta* el ánimo de quien se deja seducir por el afán de ganancias inmediatas, pero bloquea inmediatamente el desarrollo de su personalidad y produce en su espíritu una *devastadora decepción* que es origen de *angustia, amargura, desesperación y destrucción*. El que piensa de modo precipitado, debido al ritmo trepidante que imprime el prestidigitador mental a su discurso estratégico, no repara en estos pormenores –por ineludibles que en verdad

# ANÁLISIS

sean- y actúa en virtud de la conexión que cree entrever entre *progresismo* y *libertad*.

Es tan fuerte el conjuro que los términos sometidos al ilusionismo mental ejercen sobre los espíritus poco expertos en cuestiones de metodología filosófica -cuestiones relativas al modo justo de pensar y de expresarse-, que los priva de libertad y los somete a un modo de fascinación avasalladora. Ello explica que, al oír hablar de *cambio* y *progreso*, tantas personas piensen en un proceso de levación hacia cotas más elevadas de perfección humana.

P. ¿Cuáles son las consecuencias de la manipulación?

R. La práctica del ilusionismo mental a través del lenguaje -y de las

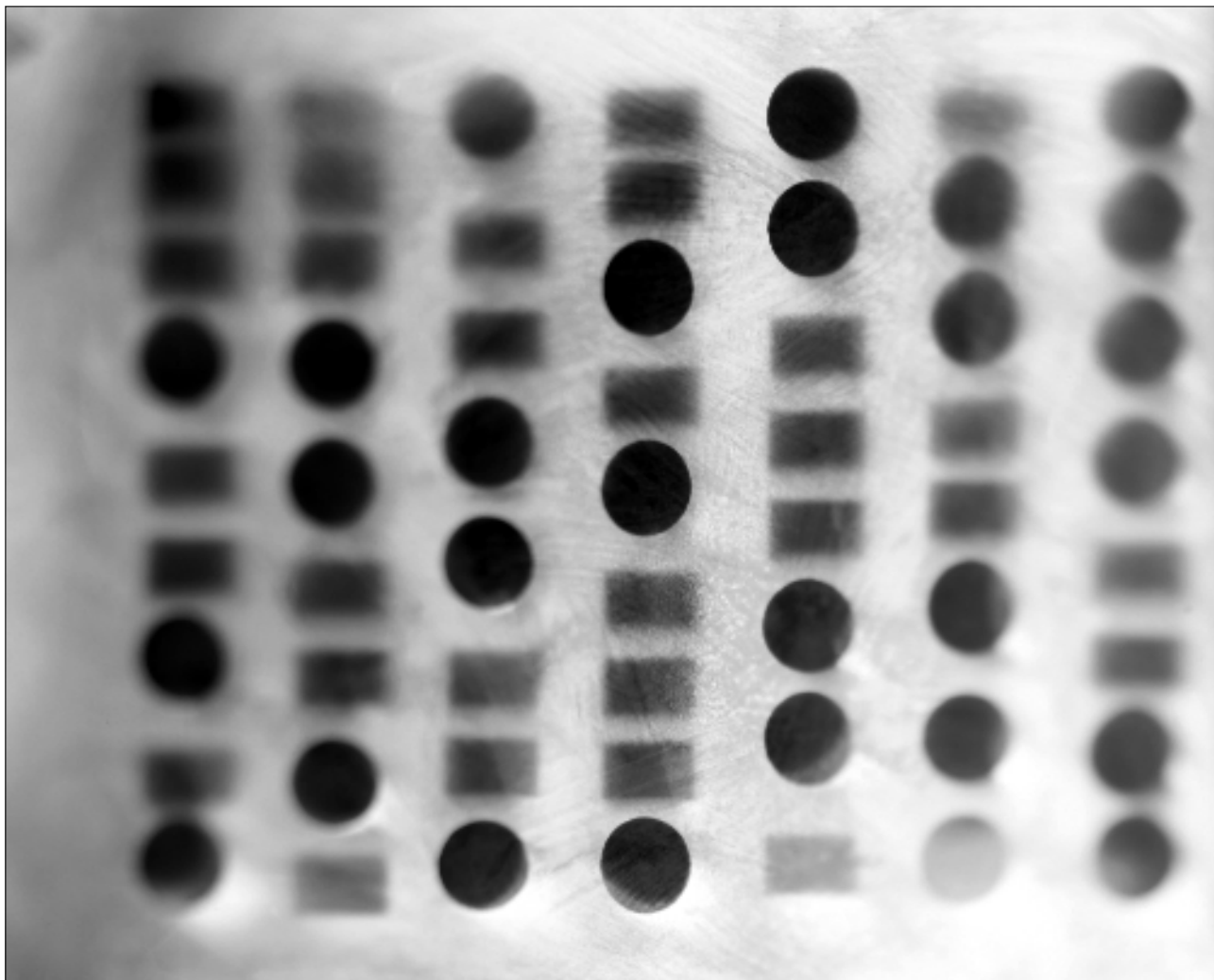
## Los dogmas laicos de hoy

imágenes, que son sobremanera *elocuentes*- desorienta espiritualmente a las gentes, les quita capacidad de pensar por propia cuenta y de modo riguroso, amengua su sensibilidad para los valores, las incapacita en buena medida para actuar en virtud de criterios inter-

nos bien sopesados y de sentimientos nobles, las deja inermes ante la vida, entregadas a un estado de gregarismo e infantilismo. El manipulador ejerce una función de paternalismo tiránico con objeto de hacer viable una forma «democrática» de totalitarismo. Ello es posible porque un pueblo sojuzgado espiritualmente es un colectivo gregario que, por falta de creatividad y poder de iniciativa, acaba pidiendo, a no tardar, un guía carismático. Un pueblo reducido a rebaño acaba reclamando lógicamente un pastor.

P. Si la manipulación es tan destructiva, resulta indispensable disponer de un antídoto contra ella.

R. La práctica de la manipulación altera la salud espiritual de



## Los dogmas laicos de hoy

personas y grupos. ¿Poseen éstos defensas naturales contra ese virus invasor? ¿Cabe poner en juego un antídoto contra la manipulación demagógica? Actualmente no cabe pensar en reducir el alcance de los medios de comunicación o someterlos a un control eficaz de calidad. No hay más defensa viable que una sólida preparación por parte de cada ciudadano. Tal preparación abarca tres puntos básicos: 1) estar alerta, conocer en pormenor los ardides de la manipulación; 2) aprender a pensar con rigor y estar en condiciones de exigirlo a los demás; 3) ejercitar la creatividad en todos los órdenes. El hombre creativo tiene recursos para evitar que lo reduzcan a un mero repertidor de la voz de su amo. El que se acostumbra a pensar con rigor no acepta fácilmente el uso estratégico de los términos, el planteamiento astuto de las cuestiones, la movilización de procedimientos de dominio fácil.

Este antídoto es muy eficaz, pero en nuestros días se está movilizándolo un recurso artero para neutralizarlo. Se trata de la confusión deliberada de las experiencias de vértigo o fascinación y las de creatividad o encuentro. Estas últi-

mas incrementan el poder creador y acrecientan la sensibilidad para los valores, la capacidad de comprender el sentido profundo de las realidades y acontecimientos que tejen la vida humana. Las otras –las de vértigo– ciegan para los valores, frenan el impulso creador, hacen imposible abrirse al sentido profundo de la existencia. Dejan, con ello, a hombres y pueblos a merced de los afanosos de poder fácil. De ahí que conceder libertades para practicar todas las formas posibles de experiencias de vértigo sea el medio más directo de privar a los hombres de la única forma de libertad: *libertad para la creatividad*. Toda la cultura humana arranca de este género de experiencias. Confundir ambos tipos de

experiencias significa proyectar el prestigio secular de las experiencias que los griegos denominaron «éxtasis» –elevación a lo mejor de sí mismo– sobre las experiencias de vértigo y dar una aparente justificación a unas prácticas que conducen al hombre a formas de exaltación aniquiladora.

El poder de los medios de comunicación abre dos vías polarmente opuestas que el hombre actual tiene ante sí a modo de encrucijada decisiva: la vía de la creatividad y la edificación cabal de la personalidad, y la vía de la fascinación y el desmoronamiento de la vida personal. Cuando se habla de manipulación, se alude a una forma de abuso de los medios de comunicación que tiende a encaminar a las gentes por la vía de la destrucción. Cabe, sin embargo, otra forma de uso que asuma todas las posibilidades de tales medios y les confiera una honda nobleza y una fecunda eficacia. Sólo en el caso de que las gentes se orienten por esta vía tendrán garantizada su libertad en el seno de los regímenes democráticos. Conviene tener bien presente que tales regímenes no generan libertad interior automáticamente.